

ALONSO BERRUGUETE,

sus obras y revolución que causaron en el arte escultórico español.



Trabajo premiado con accésit
en los Juegos Florales celebrados en Palencia
el 6 de Septiembre de 1901

ORIGINAL DE

Don Matías Fiebra Ramos,

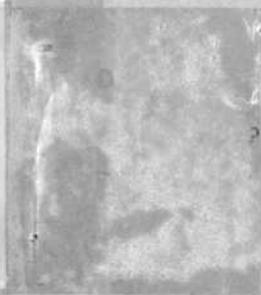
Canónigo Arquivero-Bibliotecario de esta S. I. Catedral.



PALENCIA

Lib. y Enc. de Abundio Z. Menéndez
Mayor principal, 70.

1902



01.9-1710

2



ALONSO BERRUGUETE,

sus obras y revolución que causaron en el arte escultórico español.



Trabajo premiado con acesit
en los Juegos Florales celebrados en Palencia
el 6 de Septiembre de 1901

ORIGINAL DE

Don Matías Zieba Ramos,

Canónigo Archivero-Bibliotecario de esta S. I. Catedral.



PALENCIA

Imp., Lib. y Enc. de Abundio Z. Menéndez
Mayor principal, 70.

1902



Al Excmo. é Ilmo.

Sr. D. Enrique Almaráz y Santos

Obispo de Palencia

El Autor





ALONSO BERRUGUETE

sus obras y revolución que causaron en el arte escultórico español



LEMA: Todo en el arte se refiere á la belleza relativa, y ésta, cualquiera que sea el orden á que pertenezca, se subordina á la belleza absoluta, que es Dios.

I

Las artes y las ciencias no son ordinariamente amigas de los campos de batalla y del fragor de los combates, y es natural que así suceda, pues cuando las facultades del hombre están pendientes del éxito de la lucha, no pueden gozar del sosiego y tranquilidad que exigen la contemplación de la belleza y el desarrollo de intrincados problemas y difíciles cuestiones.

Por eso mientras en el suelo hispano la guerra fué el estado ordinario de este noble pueblo, que con heroísmo sin igual luchó por espacio de siete centurias en defensa de su religión y de su patria, no fué dado á nuestros mayores consagrarse con ahinco á otras nobles profesiones para las cuales indudablemente tenían idóneas aptitudes: la guerra religiosa y patriótica, la encarnizada lucha con tanto empeño sostenida como con tesón comenzada entre la cruz y la media luna, entre cristianos y moros, y las discordias intestinas que en mal hora y de vez en cuando levantaban la cabe-

za en ambos campos, ocupaban principalmente las energías de unos y otros, constituyendo por tanto su profesión constante y predilecta el guerrear.

Dos eran entonces las clases sociales de nuestro pueblo: componían la una los soldados del rey del Cielo; formaban la otra los soldados del rey de la tierra: á los pabellones del primero acudían los que, llevados de la placidez de un alma cándida, preferían contribuir á la reconquista implorando con sus plegarias las bendiciones de lo alto y manteniendo vivo el fuego del amor en el pecho de los fieles por medio de la predicación: alistábanse en las banderas del rey de la tierra los que, sintiendo correr por sus venas la hirviente sangre goda, ni querían dar paz á sus enemigos, ni dejaban que tranquila pendiera del talabarte la pesada tizona. Con harta frecuencia juntábanse en los combates ambas huestes ya excitando con la palabra y aun el ejemplo la primera á la segunda, ya reuniendo en una sola las cualidades de las dos, siendo entonces corderos en el claustro y leones en la pelea, que así ha llamado alguno á los hijos de San Raimundo de Fitero.

Esto no obstante y como prueba perenne de lo estrechamente unidos que andan siempre el génio artístico y el génio religioso, allí donde por haber sentado la paz su paso firme las circunstancias consintieron que se alzara un templo á Dios, allí también se levantó un monumento al arte: testigos son las exornadas iglesias pertenecientes á la edad media que todavía no han sido abatidas por los años, ni destruidas por la demoledora piqueta, la cual en nuestra patria ha causado más estragos que las injurias del tiempo.

Cuando los católicos reyes Isabel y Fernando vieron unida bajo su cetro toda la monarquía española, cuando la victoria, premiando sus esfuerzos, ceñía sus sienes con la corona de Nápoles, cuando en galardón de sus virtudes una paz octaviana ofrecía sus dones por todos los ángulos de la península ibérica, entonces empezaron á tomar altos vuelos las ciencias y las artes; entonces los genios españoles se lanzaron por el camino de una pacífica gloria: de las Universidades salieron hombres doctos en ciencias y en letras; los estudios de escultura y pintura produjeron maestros que sabían sentir y expresar la belleza: para ayudar á los sabios de casa se traían á cualquier precio sabios de países extraños; para adquirir inspiración y depurar el gusto iban nuestros artistas á bus-

carlo á costa de cualquier trabajo en la patria nativa del arte y beberlo en las fuentes mismas de la belleza; á Florencia, en cuyo palacio de la Señoría se fomentaba el Renacimiento artístico, y á Roma, donde los Papas todos sin distinción de familias recibían, amparaban y protegían munificentísimamente á cuantos sintieran brillar en su frente la llama del génio. A nuestras escuelas vinieron entre otros Pedro Martir de Angleria y Lucio Marineo Sículo: á los estudios de Donatello, Miguel Angel y Rafael fueron Forment, Berruguete, Becerra y tantos más que engrandecieron las artes españolas hasta donde pueden llegar las de cualquiera nación.

Entre todas las noblezas la mayor es la que resulta de las acciones propias del individuo y para los pueblos las que provienen de sus hijos. Numancia en la edad antigua y Zaragoza en la moderna no llenarían una página brillantísima en la historia patria, si sus hijos no la hubieran escrito heroicamente con su sangre. Palencia misma, la ciudad de *Armas* y *Ciencia*, no ocuparía lugar preferente en los *Anales*, si los palentinos en los tiempos antiguos no hubieran hecho morder el polvo repetidas veces á las legiones de la avasalladora Roma y si las valientes palentinas, émulas en los siglos medios de sus padres y hermanos, no hubiesen obligado á las huestes del de Lancaster á huir cobardemente ante su actitud noble y resuelta, conquistando de esta suerte la libertad para su ciudad querida y la banda de oro para ornato de sus cabellos y vestidos.

Pero si bien menos ruidosa, es ciertamente mayor y más pura la gloria que se gana en las plácidas y tranquilas regiones del arte, que el renombre que se conquista al bélico son de guerreros instrumentos. Así la condal villa de Paredes de Nava más debe á la cuna de Jorge Manrique y Alonso Berruguete, que á las armas de los campeones que de ella se sirvieron como de cuartel y baluarte en tiempos de luchas intestinas y de rencillas de partido, siempre desagradables por ser fruto de bajas miras y ambiciones personales y causa á veces de ruines y odiosas venganzas. Los hechos de armas de los descendientes de aquellos orgullosos magnates que median las suyas con el Emperador de España, sepultados yacen en el polvo de los campos, ó en el olvido de viejos cronicones, más la bellísima poesía «*Recuerde el alma dormida*» vive y se recitará mientras viva y se recite un trozo de literatura española;

como igualmente el nombre de Berruguete andará siempre unido con el amor y la historia de la belleza en nuestra patria y aun fuera de ella.

II

Era allá por los últimos años de la XV centuria. En Paredes de Nava, la más populosa población de esta provincia, y acaso á la sombra protectora de sus condes Manriques de Lara, vivía una generación de artistas: los Berrugetes. Pedro era entonces pintor de nota, algunas de cuyas obras han llegado hasta nosotros y pueden verse en las catedrales de Toledo y Avila y en el Museo nacional de pinturas, procedentes estas del convento de Santo Tomás de la última ciudad; son tablas, que si bien ejecutadas á la manera antigua con sus toques y fondo de oro, ya parece que dejan entrever un modo de ejecutar hasta entonces desconocido en España; es cierta especie de vaguedad, que sin determinarse por completo, indica que ya se mantenían relaciones artísticas con Italia. La toma de Granada y la pacificación completa de la península permitió á los ingenios españoles consagrarse con más libertad al cultivo de las bellas artes; la expansión nacional abrió nuevos derroteros á los artistas; y las obras por manos extrañas ejecutadas les sirvieron de poderoso acicate.

Pedro Berruguete, que tuvo la honra de ser pintor del rey Felipe el Hermoso, padre y primer maestro de Alonso (1) descubrió

(1) Alonso González Berruguete, hijo de Pedro y Elvira González (véase el apéndice I) nació en Paredes de Nava hácia el año de 1480. Vuelto de Italia, á donde marchó cuando contaba próximamente 20 años, y después de realizadas algunas excursiones por España y frustradas otras en proyecto, fijó su residencia en Valladolid, y allí vivió desde 1526 hasta 1557 y fué Escribano del Crimen de esta Real Chancillería, título para él más honorífico que de ejercicio, pues no pudiendo á causa de sus ocupaciones artísticas ejercerle por sí mismo, fué autorizado en distintas ocasiones para tener sustituto y por fin en 1553 le traspasó á Sebastián Laso, mediante el pago de cinco mil ducados. En esta ciudad contrajo matrimonio con Doña Juana de Pereda, natural de Rioseco, quien le dió un hijo, Alonso también y escultor como el padre y dos hijas, Luisa y Petronila. Llagano entre los documentos que á Berruguete se refieren trae uno en que dá clara noticia de los padres y hermanos del celebrado artista y otro en que se estipulan las capitulaciones matrimoniales y las personas con quienes casaron sus hijas. Para no alargar demasiado esta nota irán ambos en forma de apéndices.

desde luego las brillantes dotes de su hijo y discípulo, y viendo los destellos con que por la parte de Italia alboreaba el nuevo arte, allá quiso que fuera su hijo para que en la escuela de aquellos maestros perfeccionara el gusto y á su lado y en sus obras adquiriese lo que es indispensable al verdadero artista: la inspiración.

En efecto Alonso fué á Florencia, donde entonces Miguel Angel elegido por Lorenzo de Médicis para compañero de su hijo y su sobrino, se hallaba al servicio de los condes soberanos de aquella ciudad, emporio á la sazón de las bellas artes. Poco hacía que Berruguete residía en la capital de la Toscana, cuando el Buonarrotta en concurso con Leonardo de Vinci, pintó y expuso al público aquel famoso cartón del cual desgraciadamente no quedan más que algunos trozos y en que se representaba un episodio de la guerra entre florentinos y pisanos (1) Varios fueron los artistas que acudieron á diseñarle, entre ellos el español Alonso Berruguete; siendo de notar, dice Jorge Vasari, que todos cuantos le estudiaron salieron excelentes maestros. Berruguete entró entonces en la escuela de Miguel Angel, á quien siguió en sus viajes hasta su vuelta á España. Observando atentamente á tan insigne maestro es como llegó á formarse un sobresaliente discípulo.

Esto ocurría por los años 1503 (2) y pocos después se trasladaron á Roma, llamado el maestro á la ciudad de los Papas por Julio II para encargarle primero su mausoleo y después los celebrados frescos de la Capilla Sixtina. No estuvo ocioso Berruguete en la ciudad

Conviene todos los que á Berruguete han biografiado, y también Llaguno inserta otro documento, en que fué señor de Ventosa, lugar que compró á Felipe II, y para cuya iglesia de San Miguel labró un retablo, pero nadie puntualiza cual sea este Ventosa, entre los varios de este nombre, ni si existe todavía ó fué uno de tantos pueblos de los cuales no se conserva más que el nombre. Y en este supuesto, ¿dónde estuvo situado? Y si existe ¿cuál es? Es acaso Ventosa de la Cuesta en la provincia de Valladolid? Pero la titular de esta parroquia es la Asunción y no San Miguel.

Muerto Berruguete en un departamento del Hospital de afuera de Toledo cuando estaba labrando el sepulcro de Tavera, fué sepultado en el Cementerio de dicho hospital.

(1) El autor escogió por asunto un *Combate á orillas del Arno* en ocasión en que los soldados de Florencia, que se estaban bañando, fueron sorprendidos por sus enemigos.

(2) En el año 1504 se encontraba Alonso González Berruguete en su Paredes de Nava, según consta de documento auténtico; ¿es que acaso vino á su pueblo natal con motivo de la muerte de su padre volviéndose inmediatamente á Italia?

eterna: Bramante, el arquitecto de San Pedro, le encargó una copia en cera y de gran tamaño del Laocoonte con el fin de vaciarle en bronce, copia que si no fué la mejor de las que se hicieron, mereció los elogios de juez tan competente como Rafael de Urbino. ¿Trabajaría también Berruguete en las incomparables pinturas que exornan las bóvedas de la Capilla de Sixto IV? Probable es que sí, teniendo en cuenta la semejanza, casi idoneidad que se observa en ambos maestros. Quien haya visto el Padre Eterno en la *Creación* y los Profetas y las Sibilas de esta capilla, y los haya comparado con las tablas de los Evangelistas que se conservan en el Museo provincial de Valladolid, no juzgará exagerada la suposición de que al lado del egregio florentino manejara el pincel el que entonces era su discípulo predilecto.

El maestro regresó á su patria enviado por dos Médicis, Papa el uno y Cardenal el otro, para terminar la fachada de San Lorenzo, su iglesia parroquial, y labrar las tumbas con que querían honrar la memoria de sus deudos, y el fiel discípulo volvió con él á Florencia, en donde por muerte de Filippo Lippi, uno de los buenos pintores de su tiempo, se encargó á Berruguete que continuara el retablo del altar mayor de las monjas de San Jerónimo y él efectivamente le continuó y llevó muy adelante no llegando á terminarle por haberse vuelto á España.

Como las águilas cuya vida se desarrolla en el espacio miran también con recelo á los propios hijos que, habiendo aprendido á su lado á remontarse sin temor por los aires, desafían después la energía y el atrevimiento de los padres, así parece que por este tiempo debió suscitarse algún rozamiento entre Miguel Ángel y Berruguete: á pensar de tal suerte nos inclina esta manera brusca de dejar á Florencia sin terminar la comenzada obra y unas cartas del artista florentino, en las cuales á vueltas de grandes encomios de las prendas del joven español, deja entrever ciertos recelillos y una disimulada comp'acencia porque no hubiese conseguido ver algunas obras de arte que Berruguete deseaba contemplar (1).

Ya en España detúvose en Zaragoza. En esta ciudad ejecutó el retablo mayor de la iglesia de Santa Engracia y el enterramiento del vicecanciller de Aragón, D. Antonio Agustín, padre del Arzo-

(1) Cruzada Villamil inserta estas cartas en su obra «El Arte en España.»

bispo de Tarragona del mismo nombre. El sepulcro, que se hallaba en el presbiterio de la mencionada iglesia, fué hecho con toda diligencia y aunque medio desbaratado con motivo de la renovación del templo, todavía se conservaba bastante á principios del siglo pasado: se cree, escribe Ponz, que á él pertenecen dos estatuas alegóricas, muy buenas, que se guardan en la sala capitular del monasterio; pero retablo, sepulcro y todo desapareció en la terrible explosión con que los franceses se despidieron de Zaragoza en la noche del 13 de Agosto de 1808, al levantar el primer cerco de aquella invicta ciudad.

En ella continuaba nuestro Berruguete cuando el valenciano Damián Forment, uno de los mejores escultores que en concepto de un escritor tuvo España en la época del Renacimiento y de quien se asegura que fué tan celebrado en Aragón como Berruguete en Castilla, después de haber labrado en alabastro el retablo mayor de la iglesia del Pilar, según el gusto antiguo, al labrar el de la Catedral de Huesca, representando en él asuntos de la Pasión, mudó la manera que tenía y era la de Donatello para conformarse con la de Berruguete. Allí tenía también éste algunas obras al llamarle Carlos V pidiéndole al Cabildo por una carta, y aunque el llamamiento se extendía también á Formént, éste no pudo acudir porque murió apenas acabó el retablo de Huesca.

Una vez que el Emperador tuvo cerca de sí al ya afamado Berruguete, distinguiólo con el nombramiento de pintor, escultor y arquitecto de sus reales palacios, honrándole además con el cargo de su ayuda de cámara, y si bien no consta ciertamente que estuviera al frente de las obras del Alcázar de Madrid y de la Alhambra de Granada, como conjetura Palomino, está fuera de toda duda que dirigió varias obras en una torre del castillo de Simancas, pues así lo acreditan documentos de aquel archivo.

Estas y otras análogas ocupaciones le obligaron á fijar su residencia en Valladolid. Los monjes de San Benito el Real necesitaban allí un retablo para su magnífica iglesia, y conociendo tan de cerca las relevantes dotes de Alonso, á él se dirigieron y en Noviembre de 1526 contrataron la construcción del mencionado retablo haciendo constar en la escritura la condición de que el escultor por sí mismo había de hacer á lo menos las cabezas y manos así de escultura como de la pintura: y con ser la obra de las colosales proporciones que manifiesta la gigantesca efigie del Santo Pa-

trono, conservada hoy en el Museo provincial, en seis años la dió por terminada, puesto que á fines de 1532 ya estaba el retablo colocado en su sitio. Por no haberse convenido los tasadores nombrados de una y otra parte, intervino en el asunto su futuro competidor Felipe de Borgoña (Vigarni) (1) por cuyo dictamen se dieron á Berruguete 4.400 ducados. Esta obra costó á Berruguete serios disgustos.

De otros dos retablos para el mismo monasterio se conservan en el indicado Museo de Valladolid además del mencionado San Benito, varias estátuas, que en la enérgica expresión, en la agitada movilidad y en la pronunciada musculatura parece que á voces están diciendo: «si no salí de las manos del Berruguete italiano, es porque soy obra del Miguel Angel español.»

Por obra suya se tiene también generalmente la sillería coral del referido convento (2) y que ocupa casi por completo los dos lados de otra sala del museo, obra lindísima del más puro, del más delicado renacimiento florentino, en el cual no se sabe que admirar más, si la ardiente imaginación del artista que la concibió, ó la extremada finura con que fué labrada en nogal como si fuera modelada en blanda cera. Exuberante escultura ornamental, perfecta en los más pequeños detalles casi hasta el atildamiento, cubre por completo las abalaustradas columnitas que separan entre sí las sillas y llena los entrepaños y rodea los bien acabados y hermosísimos bajo-relieves, que en los mismos entrepaños representan distintos personajes; diríase que todo está puesto allí de intento para que contemplándolo de vez en cuando los monges descansaran algún tanto de su meditación intensa y de su recogimiento profundo.

Más sobrio fué en el ornato del sepulcro de Fr. Alonso de Burgos, obispo de Palencia y fundador del Colegio de San Gregorio de Valladolid, donde murió en 1499. Los testamentarios y

(1) En el archivo de la Catedral de Palencia se guarda una carta autógrafa de este artista, dirigida desde Burgos al Deán: en ella se firma *Philipus Vigarni*.

(2) Digo que *generalmente* se atribuye esta sillería á Berruguete, porque otros trabajos de crítica artística la juzgan quizá con más fundamento como obra de Andrés de Nájera, el autor de las sillerías de la Catedral de Santo Domingo de la Calzada y de Santa María la Real de Nájera.

hermanos de hábito de este insigne religioso dominico y esclarecido prelado, que de confesor, capellán y predicador de Isabel la Católica pasó á ocupar sucesivamente las sedes episcopales de Córdoba, Cuenca y Palencia, mandaron á Berruguete, según opinión común, hacer el mausoleo en que descansaran sus cenizas en el centro de la iglesia por él fundada y dotada. Desgraciadamente para las artes españolas este sepulcro desapareció, como tantas otras obras meritísimas, por uno de los muchos actos de vandalismo y pillaje de la guerra de la Independencia; más para que pueda formarse alguna idea de él, extractaré su descripción de varios autores: «Consiste, dice Ponz, en el tomo II de su *Viaje por España*, en una urna de marmol blanco colocada sobre un gran zócalo de mezcla ó jaspe. Alrededor de la urna hay cuatro Virtudes representadas en medallones muy relevados y cuatro figuras de Nuestra Señora, San Gregorio, Santo Domingo y San Pedro Mártir, cuyos asuntos están historiados. En cada esquina hay una especie de esfinge y las cuatro sostienen el sepulcro: se ven en un balaustre alrededor de él graciosas labores, figuras de Niños en todo de bellísimas y grandiosas formas, de juiciosas y verdaderas expresiones. Sobre la urna está echada la figura del expresado Obispo, representado difunto de igual ó mayor mérito en el arte que lo demás referido. Si la obra es de Alonso Berruguete, como se cree, superó sin duda en ella á cuantas hizo y conocemos: al pié de la estatua hay escrito: *Operibus credite*, sin otro letrero.» Estas dos elocuentísimas palabras se mandaron gravar para defender al difunto Obispo contra el apodo de «fray mortero» con que trataban de denigrarle sus detractores por haber nacido en el valle de la Mortera, en la provincia de Burgos.

Al mismo tiempo labró el retablo del convento de Jerónimos de la Mejorada cerca de Olmedo y en 1527 se comprometía á ejecutar en año y medio otro retablo para la iglesia del colegio que en Salamanca fundó D. Alonso de Fonseca, hermano de nuestro obispo D. Juan Rodríguez de Fonseca, el cual D. Alonso era entonces arzobispo de Compostela, razón por la que esta fundación se conoce con el dictado de colegio del arzobispo: en la escritura de compromiso se expresa que tanto la arquitectura, como las estatuas y la pintura, habían de ser de mano de Berruguete.

En el colegio de Cuenca, así llamado por ser su fundador el Obispo de Cuenca, D. Diego Ramírez de Villaescusa, hizo también

varias obras entre ellas un hermoso claustro que considera Ponz como una de las singulares del estilo de Berruguete.

A estos años corresponde, pues lleva la fecha 1535 en una cartela, el arco en esviaje y la puerta del claustro que cae á los piés de la catedral de Palencia, comunmente atribuidos á Berruguete, atribución que tiene su fundamento bien sentado en la semejanza de estilo entre esta y otras obras ciertas del artista castellano: observación que puede igualmente hacerse respecto del retablo en piedra de San Pedro y San Pablo costeado por el obispo Sarmiento (1534); advirtiendo que las estatuas colocadas en las hornacinas laterales no pueden ser en manera alguna de este renombrado artista.

Por este tiempo (1535) el arzobispo y Cabildo de Toledo acordaron sacar á concurso la construcción de la sillería alta del coro de su catedral (la baja la había tallado en 1495 y con carácter más de transición que gótico el maestro Rodríguez, tomando por asunto los bélicos episodios de la época y representando admirablemente en cada silla la toma de una distinta ciudad del reino de Granada): á la noble lid concurrió cuanto de notable había entonces en España en el arte escultural: Diego de Siloe, Juan Ricardo, Felipe Vigarni ó Borgoña y Alonso González Berruguete presentáronse en la arena: el Cabildo anduvo por algún tiempo vacilante, y al fin otorgó la palma del vencimiento al de Borgoña y á Berruguete, los cuales se obligaron en 1.º de Enero de 1539 á labrar treinta y cinco sillas cada uno. Bajo un plan convenido de antemano y sin esfuerzo por parte de ambos, puesto que uno mismo era su gusto y la misma su escuela, comenzaron la obra, encargándose el primero del lado del Evangelio y el segundo del lado de la Epístola.

A lo largo del coro levántase gallarda arquería plateresca sobre cuyos arcos sostenidos por esbeltas columnas de jaspe de dos metros de altura próximamente, se eleva á su vez un segundo cuerpo de marmol en forma de hornacinas aconchadas, separadas unas de otras por abalaustradas columnitas: menuda y perfecta ornamentación de taracea y relieves cubren los reclinatorios, misericordias, brazos y respaldos; grandiosas estatuas llenan el fondo de los intercolumnios del cuerpo primero y los nichos del segundo; y con ser el ornamento profuso, los relieves tan abundantes y las estatuas tan numerosas, ni los ojos se cansan de ver, ni el alma se

fatiga de contemplar obra tan admirable y sorprendente; con pena se pasa de una figura á otra, y cuando se ha concluido de mirar la última, quierese volver á comenzar por la primera.

Gótica sillería como las de León y Oviedo diera más uniformidad al conjunto, pero bien está que en aquella catedral hermosa, donde tan cuidadosamente se guardan los recuerdos de la influencia morisca, los servidores del verdadero Dios se sienten á cantar las divinas alabanzas en los sitiales labrados por Berruguete y Borgoña, venido aquél de la capital del orbe cristiano y educado éste en el más puro y acendrado catolicismo. ¡Y cuán cierto es que la Iglesia católica es la verdadera amiga de las bellas artes y su más entusiasta propagadora! En pocos sitios como en el coro de la catedral de Toledo se siente uno dominado por este pensamiento. Allí en aquellos personajes del antiguo testamento, en aquellos apóstoles compañeros de Jesucristo, en aquellos varones santificados por la nueva ley, en aquel hermosísimo grupo de la Transfiguración del Señor (1) que, tallado en un solo bloque de mármol por la esperta mano de Berruguete, preside toda aquella pléyade de Santos, allí, digo, se siente, se ve, se palpa la belleza bajo bien distintas formas, todas armónicas; allí está una rica variedad dentro de una perfecta unidad.

Al verse los dos colosos el uno enfrente del otro entablaron una lucha noble y generosa, sí, pero lucha de titanes en la cual ambos resultaron vencedores, ninguno vencido. Observando atentamente las efigies por Berruguete esculpidas, se notará en ellas más energía, más viveza, más poderosa musculatura, más movimiento, mas estudio del desnudo, quizá también más propiedad del ropaje; pero el de Borgoña supera en dulzura, en suavidad, en gracia y en delicadeza. Ambos artistas eran de imaginación fecunda, pero la de Berruguete era más viva, más ardiente, más nerviosa, si vale la frase: acaso un crítico demasiado exigente encontrará en las esculturas de Borgoña cierta uniforme monotonía; en las de Berruguete algo de exageración en el dibujo y la factura. A la entrada del coro hay dos inscripciones: la una indica los nombres de las personas que entonces ocupaban los primeros puestos en la Cristiandad, en el Imperio, en la Diócesis y en la Fábrica de la

(1) La silla prelacial habíase reservado á Borgoña, más por muerte de éste en 1543, se encargó de ella Berruguete, quien la labró tan admirablemente, que es una de sus mejores obras.

Iglesia; en la otra después de hacer mención de los autores de tan portentosa obra se leen estas palabras escritas en latín: «lucharon entonces los ingenios de los artífices y lucharán siempre los juicios de los espectadores.»

Y nó es que Berruguete no supiera dar gracia y suavidad á sus figuras, no; en el Museo provincial de Toledo se ven tres estatuas de marmol del mismo autor; un Obispo (probablemente el San Eugenio que estuvo antes colocado en una hornacina sobre la puerta de Visagra) revestido de ornamentos pontificales que respira mística placidez: un busto de Mendoza que exhala la grave dulzura que debió informar el carácter del gran Cardenal de España; y otro busto que expresa la inteligencia de Juanelo, aquel ingeniosísimo mecánico que á mediados del siglo XVI inventó un curioso aparato para surtir de abundante agua á la ciudad, subiéndola desde el río hasta el alcázar; es que Berruguete discípulo se identificó con Miguel Angel maestro; es que al recibir de éste las lecciones, recibió con ellas la inspiración y el gusto y el apasionamiento por el estudio de la naturaleza; por eso en Berruguete se admiran las mismas bellezas y los mismos defectos que en Miguel Angel, por eso con no exagerada propiedad á Berruguete se llama el Miguel Angel Español.

También Palencia guarda con cariño en la iglesia de San Pablo otra obra de Berruguete que es prueba palmaria de la docilidad de la materia en las manos del artista; es el enterramiento de los marqueses de Poza «gala y orgullo del arte español» como le ha llamado un castizo escritor paisano nuestro. En la hermosa composición de sus dos cuerpos jónicos se admiran los profusos exornos del gusto plateresco: en las incadas estatuas de los marqueses la firme y tranquila seguridad con que los fervorosos cristianos esperan, cuando oran al Dios de las misericordias; en el alto relieve de San Jerónimo, en la efigie de Jesús atado á la columna y en todos los detalles por el monumento esparcidos brillan la energía y el nervio que generalmente distingue las producciones del renombrado artista palentino: dió por acabada ésta en 1557.

En 1545 había muerto el Cardenal D. Juan Tavera, quien durante once años rigió la sede Toletana y fundó el hospital de San Juan Bautista en las inmediaciones de la puerta de Visagra, vulgarmente conocido por el hospital de afuera. Los testamentarios

del ilustre finado quisieron dar á los restos de éste, tumba adecuada á sus méritos y al efecto convinieron con Alonso González Berruguete en que este artífice labrara en mármol blanco de Carrara el mausoleo que actualmente existe bajo la cúpula de la iglesia erigida á expensas del insigne purpurado. Sobre base rectangular de bien proporcionadas dimensiones, cuajada de fina labor, álzase la urna cineraria que tiene en sus cuatro ángulos, grandes águilas de alas explayadas como en actitud de defender con su robusto pico el valioso depósito que se las ha confiado: en cada uno de los lados ostenta en relevados medallones asuntos distintos, de los cuales los principales comenzando por el pié son San Ildefonso recibiendo la casulla de manos de la Virgen, San Juan Bautista entre dos episodios de su vida, la Caridad y Santiago entre otros dos episodios de la vida del Apostol: encima de la urna descansa la cama mortuoria guarnecida por el escudo heráldico, y unas hermosas calaveras entre llorosos niños; dan la guardia de honor cuatro matronas con los atributos de las Virtudes cardinales y representando en sus actitudes el acerbo dolor que sienten por la muerte del eximio cardenal. La estatua yacente de tamaño natural con paramentos pontificales reclina la ponderadísima cabeza, retrato del difunto, en dos almohadones bordados con sobriedad y delicadeza.

Esta obra que nuestro artista llevó á cabo ayudado por su hijo, fué la última llamarada de aquel genio incomparable, no muerto, que el genio no muere, sinó trasladado á más tranquila vida después de una marcha triunfal sobre la tierra por espacio de 81 años, durante los cuales alcanzó tantas victorias sobre la materia bruta, cuantas fueron las obras por él emprendidas; empezando á contar por la copia del famoso cartón de la guerra de Pisa y concluyendo por el monumento sepulcral del purpurado Tavera. (1)

(1) Además de las obras mencionadas en el texto, Berruguete ejecutó otras muchas; entre ellas los sepulcros de D. Alonso Gutiérrez, contador mayor de Carlos I y la esposa de aquél D.^a María Pisa, hallábanse en la capilla de la Valvanera de la parroquia de San Martín de Madrid, y fueron destruidos en la invasión francesa. Según Cean Bermúdez también es obra de nuestro Alonso el retablo mayor con las pinturas que le pertenecen en la iglesia de Santa Eulalia de su villa natal y además un Nacimiento que existe en la misma iglesia. Respecto del retablo sé de referencia que en el libro de Fábrica de la mencionada Santa Eulalia consta que le hizo después de 1556 Inocencio Berruguete, con una notable rebaja en el precio: este

De obras pictóricas propiamente tales producidas por el pincel de Berruguete, no hay más noticias que las referentes á dos tablas con los Evangelistas San Mateo y San Marcos y otros dos cuadros malamente restaurados: unas y otros en el Museo de Valladolid. En nuestra Catedral existe una tabla que representa á Jesús recién-temente resucitado apareciéndose á su Madre bendita acompañada de padres del Limbo: de ella ha dicho un crítico que si Berruguete pintaba, ésta indudablemente es obra suya, pero este asesto no es prueba concluyente.

III

Las revoluciones en el arte, como en las ciencias y como en la sociedad no se verifican nunca de una manera brusca y repentina. Toda transformación radical en el orden intelectual y en el orden moral, en las ideas y en los hechos necesita siempre un primer impulso, un germen que desarrollándose paulatinamente llegue á cambiar el modo de pensar y hasta cierto punto el modo de ser de los pueblos.

Inocencio era feligrés de aquella parroquia, pariente próximo de Alonso y autor del retablo del Monasterio de la Santa Espina, y otras obras que le acreditan de muy buen artista. Vivió algún tiempo en Valladolid.

El Nacimiento mencionado es obra de pintura y donación de la familia de Bedoya.

En la misma parroquia hay una escultura de mediano tamaño del apóstol San Simón, en ella hasta la posición de la pierna derecha, semejante á la del célebre Moisés de Miguel Angel, es un indicio de que el tallista es el insigne discípulo de tan renombrado maestro. ¡Lástima que esté tan embarrada, mas bien dicho que pintada!

Otras muchas obras se atribuyen á Alonso Gouzález Berruguete ya en el patio segundo y escalera del palacio arzobispal en Alcalá de Henares, ya en Toledo, Granada, Olmedo, Medina del Campo, Villardefrades y otros puntos, fundándose acaso en semejanzas de estilo y en razones de congruencia, más que en pruebas sólidas y en documentos fehacientes. Lo cierto es que por de Berruguete pasan no pocas obras ejecutadas por sus discípulos, cuyos nombres artísticamente hablando quedaron anulados por la fama del Maestro.

El autor del libro «Extremadura» en la obra «España y sus Monumentos» al hablar de Cáceres, dice que es del maestro Berruguete un Crucifijo de la parroquia de Santa María y clasifica de excelentes esculturas de su escuela los Apóstoles, Evangelistas y Santos de varios retablos de la parroquia de Santiago.

Italia, país en que el arte gótico no llegó á adquirir carta de naturaleza, fué indudablemente la nación que llevaba en su seno este germen y la primera en volver los ojos al arte antiguo y clásico con el cual estaba tan encariñada, y de Italia vino á España la afición al neo-clasicismo. ¿Pero quién le trajo? ¿Dónde arraigó primero? Difícil es saberlo. Lo cierto es que antes de terminar el siglo XV ya en nuestra patria se inició un pequeño movimiento de restauración. Pedro de Berruguete y Rincón en la pintura, el maestro Rodrigo y Gil de Siloe en la escultura, Henrique de Egas en la arquitectura fueron los primeros en acogerle, sinó los iniciadores de este paso.

Pero el verdadero restaurador de las tres artes en España, el que trajo á su patria las más puras tradiciones de los grandes maestros florentinos, fué Alonso Berruguete. A él se debe, dice Jovellanos en su discurso de las Nobles Artes, el conocimiento de la simetría del cuerpo humano, primer fundamento de la belleza y principio capital del arte del dibujo. Otros maestros entre ellos Borgoña, el competidor de Berruguete, establecen proporciones distintas en la figura humana, y cada uno tiene sus partidarios; mas viene Berruguete con una nueva simetría aprendida en la escuela de Miguel Angel y en la observación profunda de la naturaleza, la hace conocer entre sus compatriotas, la autoriza con sus obras, y atrae á su opinión á los artistas. El ascendiente que desde entonces ejerció Alonso sobre ellos se extendió rápidamente por Aragón y por ambas Castillas, por Andalucía y por Valencia y por todas partes donde tuvo ocasión de emprender alguna obra.

No le faltaron al principio contradicciones, porque toda innovación por útil y conveniente que sea tiene siempre sus enemigos en los partidarios de la rutina: al fin prevaleció Berruguete, como prevalece el vuelo del águila, según le llama Francisco de Holanda, entre las demás aves, y adoptaron sus principios y sus medidas los mejores artífices: y hasta en el lenguaje se impuso Berruguete á sus contemporáneos, como se impone el verdadero genio, pues llegó á ser común el llamar estilo de Berruguete á la arquitectura y ornamentación plateresca. Así hablando un escritor de la portada del Poniente de la iglesia colegial de Osuna, erigida en 1534 á expensas del VI Conde de Ureña, dice que es celebrada por las delicadas labores con que está adornada según el gusto de Berruguete que dominaba por aquel tiempo en España: afirmación que

repite al tratar de la custodia de plata de la Catedral de la Seo de Zaragoza; y afirmación que igualmente se halla consignada una y muchas veces y con relación á distintos monumentos ya de arquitectura, ya de escultura en cuantos han escrito de arte español en nuestra patria y fuera de ella. Por lo que hace á casos concretos ya digimos más arriba que Daniel Forment en el gran retablo de la Catedral de Huesca, seducido por las formas grandiosas y el estilo enérgico de su joven compañero, modificó su propia manera y se hizo adepto entusiasta de las elegancias del Renacimiento italiano.

Si para probar la poderosa y bien merecida influencia que Berruguete ejerció en el arte español por todo el siglo XVI hubiera necesidad de citar mayor número de testimonios y monumentos labrados en conformidad á su estilo, no sería difícil aducirlos; pero tenemos por cierto que basta lo expuesto para poder sentar esta proposición: Si el siglo XVI en las letras patrias se denomina «el siglo de oro de la literatura española»: y en santidad y virtud se le conoce por «el siglo de San Ignacio de Loyola y Santa Teresa de Jesús»; en las artes debe en justicia apellidarse «el siglo de Berruguete.»

Natural es que maestro de tales vuelos y cuyo nombre clasifica una manera de ejecución notabilísima formara escuela, y efectivamente la formó en Valladolid, principal punto de su residencia. En esta ciudad ejecutó varias obras Gaspar de Tordesillas según el estilo de Berruguete, de donde concluye el erudito Cean Bermúdez que necesariamente hubo de ser discípulo suyo, pues no habiendo estado nunca en Italia de ningún otro sino de él pudo aprender la gran manera de la escuela florentina en la escultura. Fueron también discípulos de Berruguete el palentino Juan de Bobadilla, Juan de Juni, Esteban Jordán, Francisco Gato, Miguel de Espinosa, su sobrino Inocencio y sobre todo su hijo Alonso Berruguete el joven.

Pero el más distinguido imitador de Berruguete el Viejo en la estatuaria fué el gallego Gregorio Hernández, quien desde 1566 á 1622 tuvo un célebre taller en Valladolid, en cuyo Museo se guardan muchas y muy buenas obras suyas, llamando entre todas la atención una grandiosa imagen de María Santísima con el cadáver de su divino Hijo en el regazo, y un «Bautismo de Jesús» de tamaño natural como la anterior: de este excelente profesor dice Passavant en el libro «El arte cristiano en España» que lo que le

distingue de todos los tallistas españoles es la profundidad y grandeza de arte en la expresión y el hermoso y puro dibujo de los desnudos, cosas ambas que aprendió de su maestro.

Hoy las tradiciones de Berruguete en la ejecución escultural y pictórica se han casi perdido, sin que esto tenga nada de extraño; pues un estado de ánimo influido por la belleza puede durar y de hecho dura largo espacio de tiempo, y se sucede de generación en generación: mas dominado por la sublimidad no puede subsistir muchos años, porque todo lo sublime es violento y *nihil violentum durabile* que decían los antiguos.

APÉNDICES

I

Clausula del testamento bajo cuya disposición falleció el comisario Lázaro Díaz, maestre de Araujo, beneficiado en la villa de Becerril, otorgado en 17 de Septiembre de 1611 ante Juan Autillo, escribano de dicha villa.

«Item. Por parte de madre declaro que mi abuelo Pedro Berruguete, pintor del rey D. Felipe I fué casado con Elvira González, hija de Alonso González el noble y rico. Tuvieron por hijos á Cristina González que casó con Juan González en Fuentes de Nava, y á Isabel González, que fué casada con Alvaro Serrano el sabio que llamaron, y á Pedro González Berruguete que casó con Antonia Martínez, vecina de Paredes y á Alonso Berruguete que fué señor de la Ventosa y casó con D.^a Juana de Pereda, vecina de Rioseco, y á Elvira González, mi madre, que casó con Alonso Díaz, maestre Araujo y á la Toledana, que casó con Juan González, vecino de Becerril y murió sin hijos. Declaro así mismo que mi abuela Elvira González, casó segunda vez con un tal Pulido y que fundó dotación para casar huérfanas; y que para que hubiese noticia, declaró esta ascendencia, que es la referida.

Se sacó esta cláusula de la copia del citado testamento que paraba el año 1795 en poder de D. Ambrosio Galaso, beneficiado de Paredes de Nava y sexto ó séptimo nieto de Elvira González. La madre del beneficiado cobró la dotación para casarse, como descendiente de Elvira, mujer de Pedro Berruguete.

II

Capitulaciones para casar dos hijas de Alonso Berruguete.

Antes que este profesor comprase el señorío de Ventosa, tenía facultad real para fundar mayorazgo á su hijo mayor, como lo manifiestan las capitulaciones matrimoniales celebradas en Valladolid el año 1556 para casar dos hijas suyas, que existen en el registro del escribano Herrera de aquella ciudad y que dicen así:

«Capitulaciones matrimoniales otorgadas en Valladolid á 29 de Junio de 1556 entre los señores Diego del Haya y Diego de Anucibay y Gaspar Anucibay sus nietos, hijos de los señores Gaspar Orduña de Anucibay y D.^a María del Haya, mujer, difuntos, vecinos de Valladolid, por una parte; y por la otra Alonso de Berruguete y D.^a Juana de Pereda su mujer, vecinos también de Valladolid, esta con licencia de su marido, en las cuales se concertan que por cuanto con la gracia y bendición de Dios, están concertados de casarse Diego de Anucibay con la señora D.^a Luisa Sarmiento, hija de los señores Alonso Berruguete y D.^a Juana Pereda; los señores Berruguete y señora Pereda se obligan á dar siete mil ducados de sus propios bienes: los mil en dinero contado y los seis mil restantes en juros y censos: han de tenerlos en su casa, y les han de dar de comer á ellos y á sus criados por el tiempo de la voluntad de los señores Berruguete y D.^a Juana. El señor Diego de Anucibay promete en arras á doña Luisa Sarmiento, en atención á su persona y linage, seiscientos ducados: que el señor Gaspar de Anucibay se ha de casar con D.^a Petronila de Pereda, hija de los señores Alonso Berruguete y D.^a Juana Pereda, su mujer, los cuales se obligan á darles en dote cinco mil ducados: los quinientos luego para que pueda vestir á su esposa y los otros quinientos para el señor San Juan de Junio primero veniente; y los cuatro mil en censos y juros y que los tendrán en su casa á ellos y á sus criados por el tiempo de la voluntad del señor Berruguete y su mujer. D. Gaspar de Anucibay promete á D.^a Petronila quinientos ducados de oro en atención á su persona y linage.

«Item: Que por cuanto el señor Alonso Berruguete y su mujer tienen facultad real para fundar mayorazgo en su hijo mayor Alonso Berruguete que estaba presente y se había reservado la facultad de enmendar y añadir la dicha fundación; lo dejaban en su fuerza, en cuanto no fuese contraria á estas capitulaciones, y que para ello se habían de hacer por el licenciado Bruton las escrituras bastantes »

Llaguno y Amirola.—«Noticias de los arquitectos etc., tomo 2.º, págs. 168 y siguientes.

Agosto 23 de 1901.



